

Buenas tardes.

He aquí la novela. Vionta. He aquí al novel autor, Bertrand de Cominges.

Situémonos en la novela, en los primeros años 40. Cuando Tamar, el protagonista, llevó a bailar a Berta bajo la música de Benny Goodman a un club de Vigo cuyo nombre no cita, seguro que no andaba lejos del “Tropical” , sito entre nuestro simbólico olivo y el edificio comercial La Fe, porque entonces todo Vigo estaba al alcance de la mano. Sabe Dios si fue el Suevia donde Tamar, a pesar de ser cuarentón, empezó a sentir al acercarse a ella que su olor le alteraba extrañamente su equilibrio endorfínico pero a lo que voy es que, si tenía más de 40 tacos, vivía en el centro urbano y era representante comercial de conservas con experiencia náutica, inevitablemente conocía en aquel Vigo provinciano de posguerra y menos de cien mil habitantes a los miembros de la tertulia del Tropical. Aquel inefable Pedro Díaz, el periodista Julio Sigüenza, Emilio Álvarez Blázquez, el pintor Eduardo Padín...

Precisamente el inolvidable Pedro Díaz escribió sobre esos primeros años 40 en que Bertrand sitúa el tiempo histórico de esta novela suya de amor y guerra. Primeros años 40 que es decir hambre, aún Auxilio Social, casos de tifus exantemático, tuberculosis y piojo verde. Música de “tiroliro” , estraperlo de pan y patatas con tren frenado en San

Lorenzo para el lanzamiento nocturno de sacos, alimentos frescos para suministro de submarinos alemanes en Ríos, nazis uniformados en la casa de Alemania, edificio La Norma, moda de cintas traseras en el peinado femenino y sombreros de fieltro verde de estrechísima ala para señoritos. Sesiones de “varieté” en el Nuevo café, “Perfidia” y “Tatuaje” como canciones de éxito...

En medio de esa barahúnda nace el amor de Tamar, lo que demuestra que para el amor no hay escenarios fijos. Ese tiempo de amor y guerra que elige Bertrand fue de mucho color en un Vigo en el que se cuenta que Paco “Trinta”, creador de un minimperio en la Herrería entre lichocas, cacholis y cholicas, y a pesar de eso hombre de principios, pionero en ese ramo meretricio al tiempo que La Collona, se comió por una apuesta con el mantequero Antonio Costas y otros dos amigos, dos sacos de ostras. Como no quedara claro el ganador dícese que pasaron a apostar cafés y él, en llegando a los 40, quedó mudo, como traspuesto, como un paralís vocálico pero tan eléctrico que no volvió en dos días por casa. Ese mismo año Pío Rodríguez, abuelo de Antón Reixa, demostró el inagotable poder conciliatorio de una sardinada organizando una “enchenta” sardinócrata en que se sustituyó el ribeiro por litros de Calisay, que era con Ponche Cuesta la marca que representaba y con la que iba a medrar su fortuna. ¡Qué tiempos los de posguerra!

Cuenta Bertrand que Tamar, el protagonista, era de más de 40 en los años 40, o sea que tenía más o menos la misma edad que el bibliotecario municipal esos años en Vigo, el pintor Emilio Rodal, al que ahora mismo, a esta misma hora, se le está inaugurando una antológica, póstuma, en Artes y Oficios. Bertrand no lo contó en su libro pero podía haber introducido en el mismo perfectamente a su protagonista, Tamar, llevando a Berta del brazo al principio de su romance a la inauguración de la Biblioteca Municipal en la Plaza de Compostela, ya nada menos que con 2000 volúmenes. ¿Y Pepe, el librero que forma parte de la trama novelística de Bertrand pero cuya librería no cita? No sé si en esa década había muchas más librerías en Vigo. Estaba la de Tetilla, Barrientos, Cervantes, La Rápida, Buceta, Papelería Española, la Comercial, Don Paquito El Estafador... pero no pudo ser ninguna de ellas. ¿Podría sugerir una alguno de ustedes que tuviera un librero medio rojo?

Bueno, pues en ese Vigo vivía Tamar y en ese Vigo conoció el amor. No lo puso Bertrand pero Seguro que Marta, cuando venía a esta ciudad a verlo, se compraba algo en la corsetería La Moderna de Lorenzo Carbajosa, una fina corsetería que atendía con su mujer, Doña Perfecta, camarera mayor de la cofradía de Santa Rita, como no podía ser menos con tal

nombre. Al lado estaba el Derby, café de gran tertulia., que seguro que Tamar frecuentaba, con sillitas que, por no hablar de los propios, fueron descanso de culos ilustres de la literatura como García Lorca, Valle Inclán o el escritor venezolano (y presidente nueve meses) Rómulo Gallegos, sin olvidar el trasero por excelencia de la literatura de masas, Marcial Lafuente Estefanía.

Hubo una vez en que a Bertrand se le cruzaron los cables y se fue a caminar el Klimanjaró para cambiar el chip. Esta novela es el otro Kliimanjaró de Bertrand. El primer asalto a la sinuosa cordillera de la literatura, que ha hecho con sobrada dignidad hilvanando una novela de base romántica en que al amor se ha entremezclado con la guerra (la mundial) y la posguerra (la española), y al cóctel le ha introducido unas gotas medidas de sabor policial. Simultaneando planos temporales, con una buena capacidad descriptiva, le ha dado una agilidad que a mí se me antoja cinematográfica. Pudiera perfectamente ser llevada al cine.

Y, eso sí, es una novela náutica. Para los que no sabemos nada de ese arte leerla es como hacer el viaje por mar que nunca hiciste. O a lo mejor la ocasión para no intentar hacerlo, al presentir esos vientos duros del suroeste entre intensa lluvia, navegando a descuartelar. Bueno, yo no sé qué es descuartelar pero lo pone el libro. Lean ustedes, por poner un ejemplo, el periplo que se incia en la

página 202. Verán que Bertrand pertenece a esa saga de navegantes que le han precedido en su familia. Vamos, que no le viene de vacío. Suerte, Bertrand, en esta otra escalada.